



## María

Vicente Wenceslao Querol

Con las sedas de Persia mal velados  
el seno impuro y la marmórea espalda,  
y al par mustios y ajados  
el color de la tez y la guirnalda,  
que en el festín ciñó, de húmeda yedra,  
la matrona del Lacio,  
las rosas ve con que el umbral de piedra  
cubre de su palacio  
cada noche el amor, de su honra insulto;  
mézclase al coro de los himnos griegos,  
que a Isis consagra el vergonzoso culto,  
y murmurando sáficos de Horacio,  
del circo acude a los sangrientos juegos  
o ama del foro el popular tumulto.

La esposa del germano  
desde el Danubio al Elba  
su prole lleva en el sangriento carro  
de las batallas, por la inmensa selva;  
ella el muro de barro  
alza, que el campo de su pueblo guarde;  
ella entona las místicas endechas  
cuando, al morir la tarde,  
la hueste el bosque consagrado cruza;  
ella el haz de las flechas  
sobre las aras del Irminsul aguza  
o en ponzoñosas yerbas lo envenena;  
para aplacar del cielo los enojos,

ella coge la pálida verbena  
que en tosco altar tributa,  
y en la noche los míseros despojos  
de la cruel victoria ella disputa  
al voraz buitres o a la inmunda hiena.

Con los rebaños del botín vendida  
y abandonada en el harén sombrío,  
la hija del Asia vierte en el vacío  
las lentas horas de su inútil vida.  
Nació sin patria en las movibles tiendas,  
creció sin padres, sucumbió sin duelo;  
la religión desdeña sus ofrendas  
y el casto amor nególe su consuelo.  
Así al azar del viento su semilla  
dando la flor del loto,  
abre del Ganges en la verde orilla  
las trémulas corolas,  
hasta que el tallo roto  
llevan al mar remoto  
del turbio río las dormidas olas.

Tal la mujer, cuando la luz augusta  
del cristianismo en el Oriente asoma:  
fiera en los bosques de Germania adusta,  
esclava en Asia y meretriz en Roma.

No así la que sestea  
sus rebaños de cabras en las grutas  
de las pardas montañas de Judea;  
la que adorna su sien con las guirnalda  
de las campestres flores, y las frutas  
maduras lleva en las cogidas faldas;  
la que en el pozo bíblico, a la sombra  
de las verdes palmeras,  
llena el ánfora frágil, y al que nombra  
tierna en el corazón buscan sus ojos;  
la que gula el tropel de espigaderas  
por los largos rastrojos;  
la que lava los pies del peregrino,  
y al huésped de una noche  
da la miel blanca y el dorado vino;  
la que esparce en el templo los aromas,  
y sobre el ara santa  
deja en ofrenda trémulas palomas,  
o el himno dulce de Isaías canta;  
la que al pie de las lomas,  
bajo de los granados,  
baila al compás del címbalo sonoro,  
y con ajorcas de oro

alza a la sien los brazos encorvados;  
la que teje las redes  
del pescador del mar de Galilea;  
la que en la pobre aldea  
hila el vellón del cándido cordero;  
la que trepa a las cumbres  
de Bairad por el áspero sendero  
y ve, del sol a las murientes lumbres,  
cómo cierran su patria bendecida  
sin rumor y sin olas el mar Muerto,  
del Líbano feraz la frente erguida  
y el arenal confuso del desierto.

Tal fue la prometida  
en los antiguos cánticos. Con ella  
soñó en el cautiverio  
del pueblo fiel la cándida doncella,  
y en las sagradas noches de misterio  
creyó el Profeta adivinar su nombre  
en las lánguidas notas del salterio.  
Tal fue la hija del hombre,  
hoy desposada de Jehová. Tal era  
la que en los días de la edad primera  
el cielo escoger quiso,  
porque al nieto de Adán de nuevo abriera  
las puertas del perdido Paraíso.  
Tal fue la última rama  
del tronco de Judá. Su débil mano,  
de los siglos de hierro y de venganza  
el cielo infame para siempre cierra,  
y acaba en el arcano  
de renovada y mística alianza  
el divorcio del cielo y de la tierra.

Rosa del campo y lirio de los valles;  
humo de incienso y mirra;  
fuente que brota en las umbrosas calles  
de los manzanos verdes;  
bella, cual de Cedar las blancas tiendas;  
corza, cuando en las sendas  
del monte Hermión o de Samir te pierdes:  
tu pecho es cual racimo  
de los viñedos de Engadí; tu cuello,  
como la ebúrnea torre,  
do clava el sol el último destello;  
tu boca es fruto opimo,  
tu voz es miel que corre  
de panal comprimido, y tu cabello  
de las palmas de Elath tierno retoño.  
Son rojas tus mejillas,

cual las dulces granadas del otoño;  
son tus ojos cintillos de esmeraldas;  
tu frente virginal cisne en el baño,  
y son tus blancos hombros cual rebaño  
que del monte Galaad pace en las faldas.  
Tal, simbólica imita,  
en los huertos de nardo y de azahares,  
a María, la hermosa Sulamita,  
la esposa del Cantar de los Cantares.

Vedla sobre las cumbres  
de Oriente alzarse espléndida y serena,  
ceñida de albas lumbres,  
en sus manos la mística azucena,  
coronada la frente de astros de oro,  
la luna al pie, y el coro  
de los almos querubas  
con las abiertas alas  
llevándola en el trono de las nubes.  
Tal avanza. A su paso  
huyen del bosque las errantes ninfas,  
muere en el mar la voz de las sirenas,  
desparece en las linfas  
del claro arroyo la voluble ondina,  
Juno depone el cetro,  
la musa olvida el cadencioso metro  
de los festines lúbricos, su danza  
torpe suspende la bacante impura  
junto al altar de Venus Citerea,  
y otra aurora de amor y de esperanza  
logra encender, tras de la noche oscura  
del mundo, al fin, la Virgen de Judea.

¡Aurora del amor! ¡La humana historia  
no registró en sus páginas severas  
suceso igual, de tan inmensa gloria!  
Hoy huellan nuestras plantas  
polvo de veinte siglos, que han rendido  
culto ferviente a sus virtudes santas,  
Que ella endulzó del mártir la agonía.  
a ella invocaba el demacrado asceta  
en la gruta sombría;  
a ella la virgen púdica decía  
los secretos recónditos del alma;  
a ella en la mar inquieta  
pidió el marino la propicia calma;  
a ella acudió la madre dolorida;  
ella inspiró los versos del poeta;  
ella sobre las cumbres  
abrió al cansado caminante asilo;

ella aplacó las locas muchedumbres;  
ella reinó sobre el hogar tranquilo.  
Su imagen fue de las sagradas guerras  
señera no vencida,  
guarda de nuestras tierras,  
gloria a las glorias de la patria unida.  
Del castillo feudal a la cabaña,  
del palacio al tugurio,  
del numeroso pueblo a la montaña  
fue su bendito nombre  
símbolo fausto y bienhechor augurio,  
fe y esperanza y caridad del hombre.  
Por eso en sus altares  
depuso el héroe triunfador su acero,  
el poeta el laurel de sus cantares,  
la madre su dolor, la virgen flores,  
el pastor la escogida entre sus greyes,  
el piloto el timón que abrió los mares,  
la infancia sus amores  
y la ambición los cetros de los reyes.

Cuando en la puerta gótica del templo  
las estatuas severas y tranquilas  
de los antiguos mártires contemplo  
abrirse en dobles filas;  
por las arcadas de la ojiva alzarse  
la legión de los ángeles, y dentro,  
sobre el dintel oscuro,  
a la madre de un Dios, triste, en el centro  
Yo, pecador impuro,  
que salen a mi encuentro  
las perdidas virtudes me figuro;  
y humilde entre las gentes  
por la ancha nave de la iglesia entro;  
la mofa impía arrostro  
de la mentida ciencia; donde brilla  
tu imagen dulce, ¡oh virgen sin mancilla!,  
reverente me postro  
con tierno afán, con filial cariño,  
y repitiendo mi oración de niño  
siento inundarse en lágrimas mi rostro.

Permitido el uso sin fines comerciales

---

Sútese como [voluntario](#) o [donante](#) , para promover el crecimiento y la difusión de la [Biblioteca Virtual Universal](#). [www.biblioteca.org.ar](http://www.biblioteca.org.ar)

Si se advierte algún tipo de error, o desea realizar alguna sugerencia le solicitamos visite el siguiente [enlace](#). [www.biblioteca.org.ar/comentario](http://www.biblioteca.org.ar/comentario)

